

El atrio de los gentiles *

Melchor Sánchez de Toca **

El atrio de los gentiles más allá de una imagen quiere ser una realidad. Todos, creyentes e increyentes, lo frecuentamos, encontrándonos, a menudo, en lugares comunes, donde es posible el diálogo y la búsqueda inacabada de Dios. La Iglesia, sin renunciar al anuncio del Evangelio, desea con esta iniciativa apostólica el encuentro con todos aquellos que ansían en medio de las dificultades encontrarse con Dios.

En su discurso a la Curia Romana con motivo de la felicitación navideña, el 22 de diciembre de 2009, el Papa invitó a la Iglesia a abrir un «atrio de los gentiles» donde poder acoger a los no creyentes y ateos que, de alguna manera, buscan a Dios¹. La imagen sugestiva

* El texto de este artículo recoge, con variantes, mis intervenciones en la IX Càtedra de Pensament Cristià, Sant Julià de Loria, Andorra, 1 de julio de 2011, y en las XII Jornadas de Teoloxía, Santiago de Compostela, 6 de septiembre de 2011.

** Subsecretario del Consejo Pontificio de la Cultura.

¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2009. Tomo las citas de la página web oficial de la Santa Sede. En realidad, la versión traducción oficial del sitio de la Santa Sede en espa-

empleada por el Pontífice y la prontitud con que comenzó a traducirse en una iniciativa concreta, encomendada al Consejo Pontificio de la Cultura, han contribuido a la rápida difusión del término en toda la Iglesia, que se aplica a las realidades más dispares. Ante el peligro de vaciar de contenido la expresión empleada por el Papa, se impone un atento examen de lo que dijo realmente y lo que pretendía cuando habló del Atrio de los Gentiles.

Citemos, ante todo, las palabras que pronunció en aquella ocasión. La cita es algo extensa, pero merece la pena toda ella:

«Pero considero importante sobre todo el hecho de que también las personas que se declaran agnósticas y ateas deben interesarnos a nosotros como creyentes. Cuando hablamos de una nueva evangelización, estas personas tal vez se asustan. No quieren verse a sí mismas como objeto de misión, ni renunciar a su libertad de pensamiento y de voluntad.

ñol, siguiendo demasiado a la letra el texto italiano y probablemente a causa de la velocidad con que deben traducirse los discursos del Papa, habla de «patio de los gentiles». Creo, sin embargo, más acertada la expresión «atrio», que describe mejor el espacio al que se refería el Papa. El término «patio» podría, en cambio, reservarse para iniciativas de alcance más limitado.

Pero la cuestión sobre Dios sigue estando también en ellos, aunque no puedan creer en concreto que Dios se ocupa de nosotros. *En París hablé de la búsqueda de Dios como motivo fundamental del que nació el monacato occidental* y, con él, la cultura occidental. Como primer paso de la evangelización debemos tratar de mantener viva esta búsqueda; debemos preocuparnos de que el hombre no descarte la cuestión sobre Dios como cuestión esencial de su existencia; preocuparnos de que acepte esa cuestión y la nostalgia que en ella se esconde. Me vienen aquí a la mente las palabras que Jesús cita del profeta Isaías, es decir, que el templo debería ser una casa de oración para todos los pueblos (cf. Is 56, 7; Mc 11, 17). Él pensaba en el llamado “[atrio] de los gentiles”, que desalojó de negocios ajenos a fin de que el lugar quedara libre para los gentiles que querían orar allí al único Dios, aunque no podían participar en el misterio, a cuyo servicio estaba dedicado el interior del templo. Lugar de oración para todos los pueblos: de este modo se pensaba en personas que conocen a Dios, por decirlo así, sólo de lejos; que no están satisfechos de sus dioses, ritos y mitos; que anhelan [lo] Puro y [lo] Grande, aunque Dios siga siendo para ellos el “Dios desconocido” (cf. Hch 17, 23). Debían poder rezar al Dios desconocido y, sin embargo, estar así en relación

El atrio de los gentiles

con el Dios verdadero, aun en medio de oscuridades de diversas clases. Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de "atrio de los gentiles" donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia. Al diálogo con las religiones debe añadirse hoy sobre todo el diálogo con aquellos para quienes la religión es algo extraño, para quienes Dios es desconocido y que, a pesar de eso, no quisieran estar simplemente sin Dios, sino acercarse a él al menos como Desconocido»².

Se trata de un texto rico y denso de contenido, en el que las ideas surgen como a borbotones, entrecruzándose y superponiéndose sin una trabazón lógica acabada. Nos hallamos ante un pensamiento todavía *in fieri*, no plenamente elaborado en todos sus detalles, que requiere atento examen. En efecto, en el largo texto citado se mezclan la preocupación por la nueva evangelización y el respeto a la figura del no creyente; la evocación del Templo de Jerusalén y el Dios desconocido; la atención a los no creyentes y la importancia de la búsqueda de Dios.

² BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2009.

En mi exposición trataré, pues, de presentar, en primer lugar, la realidad que está en el origen de la metáfora empleada por el Papa. Analizaré a continuación el discurso pontificio, tratando de descubrir en él las ideas-fuerza, tal como se puede deducir a partir de diversas intervenciones suyas. Expondré brevemente la historia de los precedentes en el diálogo con los no creyentes y, por último, las perspectivas que abre el futuro.

El atrio de los Gentiles: la realidad y la imagen

El «Atrio de los Gentiles» –conocido también como atrio de los paganos o de las naciones³– era el gran recinto que se abría en el Templo herodiano de Jerusalén, al que podían acceder también los incircuncisos que deseaban orar al Dios único. Como es bien sabido, según el punto de vista del judaísmo post-exílico, la humanidad aparece dividida en dos grandes bloques: el pueblo de Israel, el pueblo por antonomasia (*ha 'am*), y aquellos que no pertenecen a este pueblo y son denominados indistintamente como incircuncisos

³ En otras lenguas: «Courtyard of the Gentiles»; «Parvis des gentils ou des nations»; «Vorhof der Heiden oder der Völker».

o, con una expresión genérica, los pueblos o las naciones (*goyim*), que los judíos de Alejandría trajeron al griego como *ta ethne*, y los romanos, *gentes*⁴. Los «gentiles» son, pues, simplemente los miembros de todos aquellos pueblos o naciones que no son el pueblo de Israel⁵.

La denominación «atrio de los gentiles» como tal no aparece en la Escritura. Sin embargo, poseemos abundantes indicaciones acerca de esta amplia explanada y de la función que desempeñaba en el Templo. De un espacio en torno al santuario hablan las instrucciones para la construcción del Templo en el libro del Éxodo (Ex 27,9. 38,9) y el libro de Ezequiel (Ez 10,5). Por lo que se refiere al tercer templo, el que conoció Jesús, Flavio Josefo nos ha dejado en sus obras una detallada descripción de lo que denomina «primer recinto», rodeado de maravillosos pórticos, especialmente en el lado meridional⁶. Según su relato, en el interior de este primer recinto había un segundo atrio, al que se accedía por

medio de algunos peldaños, delimitado en todo su perímetro por una balaustrada de piedra que trazaba el límite que los no judíos –los gentiles– bajo ningún concepto podían atravesar, so pena de muerte inmediata⁷. En dicha balaustrada, a intervalos regulares, estaban colocados avisos en griego y latín para disuadir a los incautos de atravesar el recinto sacro. Hoy día podemos admirar una de dichas inscripciones en el Museo Arqueológico de Istanbul⁸, conservada milagrosamente intacta, y un fragmento considerable de otra en el *Israel Museum* de Jerusalén. Como sabemos, el Apóstol Pablo fue acusado de haber in-

⁷ FL. JOSEFO, *Ibidem*, n. 5. En *De Bello Judaico*, V,193-194, se lee que «quien atravesaba esta área para alcanzar el segundo atrio lo hallaba circundado de una balaustrada de piedra, de la altura de tres codos y finamente trabajada; sobre ella, a intervalos regulares, estaban colocadas lápidas que recordaban la ley de la pureza, unas en lengua griega, otras en latín, para que ningún extranjero entrase en el lugar santo, como ellos llaman a esta parte del templo».

⁸ La lápida fue hallada en 1871 por el arqueólogo francés Clermont Ganneau. El texto dice: «Ningún extraño (allogénes) atraviese la balaustrada y el recinto en torno al santuario. Quien sea hallado, será reo de su propia muerte». CIJ (*Corpus Inscriptionum Judaicarum*) 2,1400; OGIS (*Orientis Graeci Inscriptiones Selectae*) II,598.

⁴ Cfr. W. KRAUS, «Popolo di Dio», in R. PENNA, G. PEREGO y G. RAVASI (eds.), *Tempi teologici della Bibbia*, San Paolo, Ciniello B. 2010, 1051-1060.

⁵ Cfr. O. ARTUS, «Nazioni, gentili, universalismo», *Ibidem*, 893-897.

⁶ FL. JOSEFO, *Antiquitates Iudaicae* XV, XI, 5-7.

troducido fraudulentamente en el Santuario a Trófimo, un griego de Éfeso, lo que significaba que lo había acompañado más allá de la balaustrada que delimitaba el área reservada a los gentiles (Hch 21,28). Esta falsa acusación estuvo a punto de costarle la vida, si no hubiera sido por el centurión romano de guardia que logró salvarlo *in extremis* del linchamiento de la plebe enfurecida.

Aquel inmenso espacio, cuyas dimensiones todavía hoy impresionan cuando contemplamos la actual explanada de la Mezquita de la Roca, era frecuentado cotidianamente por una abigarrada y variopinta multitud. En ella tenían sus puestos los cambistas y los vendedores de animales para el sacrificio; por ella paseaban los curiosos, y en ella también, bajo los pórticos que delimitaban el lado sur y occidental, se sentaban los escribas y maestros de la ley, con quienes se entretenían en conversaciones doctas los visitantes del Templo, entre los cuales muchos «griegos» (cfr. Jn 12,22) y «temerosos de Dios».

Fue esta área del Templo la que Jesús purificó con un gesto profético expulsando a los mercaderes y volcando las mesas de los cambistas. Es fácil imaginar el alboroto y la más que comprensible confusión que debió de seguir al revue-

lo ocasionado por los animales, las monedas desparramadas por el suelo y sus dueños tratando de recuperarlos. Según los evangelistas, Jesús citaba como justificación de su acción un pasaje muy conocido del profeta Jeremías: «¿No habéis convertido esta casa que lleva mi nombre en una cueva de ladrones?» (Jer 7,11). El profeta denunciaba la instrumentalización del Templo y la falsa seguridad que éste infundía en los habitantes de la ciudad, como si, amparados por la promesa de la presencia divina, dispusieran de una especie de salvoconducto para cometer todo tipo de injusticias. Mediante un procedimiento típicamente derásico, los evangelios ponen en boca de Jesús otra cita del profeta Isaías, recordando el destino universal al que estaba destinado el Templo: «Pues mi casa será casa de oración para todos los pueblos» (Is 56,7), un pasaje que anunciaba la apertura universal del culto y del Templo a todos los pueblos, a los extranjeros y a los eunucos, excluidos de la presencia de Dios. En este sentido, no puede excluirse que el autor de la carta a los Efesios tuviese en mente precisamente esta barrera de separación cuando dice que Cristo «ha abatido el muro de separación» que dividía a judíos y gentiles (Ef 2,14-16).

A este espacio de frontera, de límite con lo sagrado, pero también de

encuentro, se refirió el Papa, con toda la carga simbólica y de tradición bíblica que el término lleva consigo, cuando habló del «Atrio de los Gentiles»⁹. Es importante recordarlo, porque la imagen no está exenta de connotaciones negativas: como algunos han señalado, no obstante el carácter sugerente del símbolo usado por Benedicto XVI, el atrio del Templo aparece delimitado por una barrera infranqueable. Sería, pues, un signo de separación, más que de acercamiento. P. Sonnet, en cambio, destacando cómo la imagen del atrio y del Templo se inserta en el surco de una sucesión de relecturas bíblicas, sostiene que existe una dinámica que lleva a la superación del símbolo. En efecto, la imagen del Templo se mueve, por una parte, en sentido temporal de lo antiguo a lo nuevo (del templo al cuerpo de Jesús) y, por otra, posee en sentido espacial como un umbral que abre antes que separar, espacio liminal donde unos y otros se encuentran para conversar¹⁰. Añadiendo a las citas de los profetas empleadas por Jesús la referencia al pasaje de Hch 17 sobre el «Dios desconocido» –que precisamente en Jerusa-

lén se da a conocer, manifestando su nombre– el símbolo del Atrio designa un espacio al cual los gentiles acceden en busca de Dios, y remite por ello a la necesidad de no perpetuar las barreras que dividen los pueblos, a un espacio que es, a la vez, sagrado y abierto a todos¹¹.

Si de la imagen pasamos a la realidad, a la luz de estas consideraciones parece claro que, al relanzar el diálogo con los no creyentes, el Papa no propone tanto crear un espacio neutro para dialogar con quienes no creen o de aceptar una invitación a entrar en diálogo con ellos en su propio campo, cosas ambas perfectamente legítimas y provechosas, cuanto abrir un espacio sagrado –la Iglesia, que es el nuevo Templo (Jn 3,21)–, para acoger en ella a quienes no creen.

La preocupación por los no creyentes

Nuestras consideraciones acerca de la imagen del Templo y el atrio reciben aún nueva luz si analizamos el contexto en que se inserta. Las palabras de Benedicto XVI se enmarcan en su comentario al viaje a la República Checa, uno de los países con mayor índice de secula-

⁹ Acerca del simbolismo del Atrio de los Gentiles, cfr. P. SONNET, «Le parvis. Hospitalité d'un symbole biblique», *Culturas y fe* 2/2011, 132-137.

¹⁰ P. SONNET, cit., 134.

¹¹ Cfr. «Per un dialogo con i non credenti. Il «Cortile dei Gentili», *Civiltà Cattolica* (2011/) 492-498.

rización en Europa y en todo el mundo¹². Fue precisamente en este momento cuando se refirió a los no creyentes, numerosos en aquel país, como personas objeto de una especial atención. Se trata, por tanto, de una reflexión acerca de la increencia, un tema que aparece marcadamente al comienzo («considero importante sobre todo el hecho de que también las personas que se declaran agnósticas y ateas deben interesarnos a nosotros como creyentes») y al final del paso citado («al diálogo con las religiones debe añadirse hoy sobre todo el diálogo con aquellos para quienes la religión es algo extraño»). En realidad, el Papa había mostrado ya su preocupación por los no creyentes de un modo muy claro durante el encuentro con los periodistas a bordo del avión que lo llevaba a Praga, hablando de la necesidad de un diálogo entre creyentes y no creyentes¹³, así como en numerosas intervenciones¹⁴.

¹² Como viene siendo habitual en estos discursos a la Curia a fin de año, el Papa comenta los actos más importantes de su Pontificado durante el año, ofreciendo así una interesante clave hermenéutica de su propio magisterio.

¹³ Benedicto XVI, entrevista a los periodistas durante el vuelo. Viaje Apostólico a la República Checa, 26 de septiembre de 2009.

¹⁴ Sólo por mencionar un ejemplo, al encuentro interreligioso de Asís (27 de

Tenemos, pues, aquí, una indicación precisa para dar al Atrio de los Gentiles su justa dimensión. Éste nace de una preocupación por aquellos que no creen, una preocupación sinceramente pastoral, de una gran delicadeza. En este sentido, más que una serie de iniciativas o de estructuras, hablar del «Atrio de los Gentiles» expresa una actitud interior de acogida y escucha hacia quienes no creen.

El contexto en que se inserta, sin embargo, ofrece aún espacio para una consideración ulterior. Benedicto XVI menciona la atención a los no creyentes en relación con la evangelización, un término que aparece al menos en dos ocasiones en el pasaje citado. Cuando se ha-

octubre de 2011) para conmemorar los veinticinco años del primer encuentro convocado por Juan Pablo II en aquella ciudad, el Papa ha querido expresamente que, junto a los líderes religiosos de la humanidad, hubiera también algunos no creyentes: «Por este motivo, serán invitados a compartir el camino de los representantes de las comunidades cristianas y de las principales tradiciones religiosas también algunas personalidades del mundo de la cultura y de la ciencia que, si bien no se profesan religiosas, se sienten en el camino de la búsqueda de la verdad y son conscientes de la común responsabilidad por la causa de la justicia y de la paz en nuestro mundo». Oficina de Prensa de la Santa Sede, Comunicado de Prensa, 2 de abril de 2011.

bla de «nueva evangelización» –observa Benedicto XVI–, las personas que no creen se «asustan» o sienten molestas, porque se perciben a sí mismas no como destinatarias de un mensaje, sino como objetos de un proceso de conquista. Justamente, nadie desea verse a sí mismo como un objeto, sino como sujeto. La «libertad de pensamiento y de voluntad» de cada hombre requieren un respeto incondicionado, que para algunos se verían amenazadas cuando se habla de «evangelizar». Al mismo tiempo, sin embargo, no es posible desinteresarse sin más por quienes no creen, abandonándolos a merced de un buenismo relativista que sostiene que todas las ideas poseen el mismo valor. Con ello, de manera semejante a lo que acontece en el diálogo interreligioso, se plantea aquí la dialéctica entre la exigencia del anuncio el Evangelio a toda criatura y el respeto a la libertad y voluntad del destinatario. Se trata de una tensión no plenamente resuelta. Me parece, sin embargo, que nos hallamos aquí ante una de las intuiciones más sorprendentes de Benedicto XVI. No se trata de renunciar al anuncio el Evangelio, puesto que es una misión recibida de Cristo mismo; lo que pide es aceptar que el reconocimiento de la verdad tiene su propio ritmo en cada persona, y que, aun cuando

el deseo más íntimo del cristiano sea que todos compartan la verdad, éste tiene que reconocer que a la plenitud de la verdad cada uno llega solo a pequeños pasos.

En cuanto a los destinatarios de esta atención pastoral, las palabras de Benedicto XVI dan pie aún para algunas reflexiones interesantes. Al comienzo de sus palabras, Benedicto XVI habla de «agnósticos» y «ateos» en términos generales. Más adelante, sin embargo, parece afinar esta terminología, de manera que el no creyente al que parece dirigirse idealmente es aquel que, si bien siente la religión como algo extraño y a Dios como un desconocido, sin embargo, no se contenta con el craso materialismo, ni con las respuestas de un mundo cerrado a la trascendencia; alguien, en definitiva, que busca como a tientas una alusión al Dios desconocido del que habló Pablo en el ágora de Atenas en Hch 17. Se trata, por tanto, de alguna manera de personas en «quienes la cuestión de Dios sigue estando presente, aun cuando tengan dificultades para creer que Dios se ocupa de nosotros», «para quienes Dios es desconocido y que, a pesar de eso, no quisieran estar simplemente sin Dios», a la manera de aquellos gentiles que subían a Jerusalén en busca de lo Puro y lo Grande. Esto

excluye claramente el ateísmo obtuso y panfletario, aunque se vista con las apariencias del lenguaje científico, cerrado a cualquier tipo de diálogo, así como también el ateísmo práctico que se traduce en indiferencia ante la cuestión de Dios, y que caracteriza la cultura secular occidental. Los ateos en quienes piensa Benedicto XVI son personas que experimentan serias dificultades para creer en Dios y, sin embargo, de alguna manera mantienen viva la búsqueda de Dios como desconocido. Naturalmente, ello ha provocado las críticas de quienes reprochan al Papa o a la Iglesia el querer buscar «ateos domesticados» que desempeñen el papel de comparsas en una farsa de diálogo que sería en realidad un monólogo¹⁵.

En realidad, el tema central del Discurso que estamos analizando es la «cuestión de Dios» o la «búsqueda de Dios», un tema que casi como en filigrana atraviesa el pensamiento del pontífice teólogo. Tras reconocer que los no creyentes se sienten molestos cuando oyen hablar de evangelizar, recordaba que, sin embargo, «la cuestión de Dios sigue estando en ellos». La cuestión de Dios consti-

tuye una especie de trascendental humano, una dimensión presente en todos los hombres, que representa como la gramática común sobre la que se articula el diálogo con los no creyentes: «debemos preocuparnos de que el hombre no descarte la cuestión sobre Dios como cuestión esencial de su existencia; preocuparnos de que acepte esa cuestión y la nostalgia que en ella se esconde».

Además de su dimensión existencial y personal, la cuestión de Dios posee una relevancia social y cultural de primera magnitud. En el pensamiento de Joseph Ratzinger, la llamada «cuestión de Dios» es la primera y más importante de todas las cuestiones que el hombre puede plantearse. Se trata de la gran cuestión, *articulum cadentis vel stantis humanitatis*, es decir, saber si existe Dios y si de alguna manera lo podemos conocer y entrar en relación con él. Saber, en definitiva, si somos producto del destino ciego de la materia o bien somos objeto de un proyecto amoroso, aun cuando éste se haya ido desplegando a través de un proceso evolutivo de millones de años, imprevisible en sus detalles. En definitiva, saber si somos producto de la pura materia irracional, o si en el origen de todo existe un ser personal que ha querido que estuviéramos

¹⁵ Este es el reproche que inspira P. ODIFREDDI, *Caro Papa ti scrivo. Un matematico ateo a confronto con il Papa teologo*, Mondadori, Milano, 2011, pp. 184ss.

aquí libre y amorosamente. La cuestión de Dios es, pues, insoslayable, y tiene que volverse a plantear en el debate público. Una sociedad que se desinteresa de las cuestiones últimas y se limita únicamente a discutir acerca de las penúltimas, se vuelve mortalmente aburrida.

El Vaticano y el diálogo con los no creyentes

En realidad, si bien la propuesta del «Atrio de los Gentiles» puede considerarse una de las características más innovadoras de su pontificado, Benedicto XVI no hace sino retomar uno de los grandes temas del Concilio Vaticano II. Por su parte, el Consejo Pontificio de la Cultura, acogiendo la invitación del Papa continúa la misión que tiene encomendada desde sus orígenes, desde la fundación del Secretariado para los no Creyentes en 1965, en plena actividad conciliar, recogiendo la doble herencia de la Constitución *Gaudium et spes* y de la Encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI. Vale la pena recordar sumariamente la historia.

Mientras el Concilio se dirigía hacia su etapa conclusiva, Pablo VI quiso comenzar a poner en práctica el programa que había delineado el año anterior su encíclica pro-

gramática *Ecclesiam Suam*¹⁶, en la que sugería una serie de círculos concéntricos de extensión progresivamente mayor, con los que la Iglesia quería abrazar idealmente toda la realidad situada fuera de sus límites visibles: el diálogo con las demás iglesias cristianas, el diálogo con los creyentes de otras religiones, el diálogo con los hombres de buena voluntad que no se reconocían en una religión particular¹⁷.

Fue así como nació, en primer lugar, el Secretariado para la Unidad de los Cristianos por transformación de la homónima comisión conciliar en un dicasterio de la Curia Romana, en 1963. A éste siguió, en 1964, el Secretariado para los no Cristianos, rebautizado en 1988 como Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso. Y, algunos meses después, en abril de 1965, el Secretariado para los no Creyentes. De este modo, tam-

¹⁶ PABLO VI, *Carta Encíclica «Ecclesiam Suam»*, sobre El mandato de la Iglesia en el mundo contemporáneo, 6 de agosto de 1964.

¹⁷ Cfr. M. P. GALLAGHER, *Approaches to Unbelief*, Belfast, 1980. He trazado sumariamente la historia del Secretariado para los no Creyentes en mi disertación de doctorado, *El diálogo fe-cultura en la constitución «Gaudium et Spes» y su recepción en el consejo pontificio de la cultura (1982-1993)*, PUG, Roma, 2006.

bién, se convertía en realidad el deseo expresado insistentemente por los Padres conciliares de crear un organismo en la Curia Romana que se ocupase de los problemas del mundo moderno, que mirase, por decirlo así, hacia fuera de la Iglesia, y no sólo hacia dentro. Era, en cierto sentido, la traducción concreta de *Gaudium et spes*.

Por otra parte, la misma Constitución *Gaudium et spes* se había ocupado extensamente del ateísmo contemporáneo. Los números 19-21 de GS estudian las formas y raíces del ateísmo, con particular atención al ateísmo sistemático de los regímenes marxistas y proponen pautas de acción ante este fenómeno. El número 21 contiene una invitación a un «prudente y sincero diálogo» con todos los hombres, creyentes y no creyentes, de buena voluntad¹⁸. Más adelante, afirma aún más claramente que la apertura de la Iglesia al diálogo, «movido hacia la verdad por impulso exclusivo de la caridad» no excluye a nadie, ni siquiera «a los que se oponen a la Iglesia y la persiguen de varias maneras» (GS 92).

¹⁸ «La Iglesia, aunque rechaza en forma absoluta el ateísmo, reconoce sinceramente que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo. Esto no puede hacerse sin un prudente y sincero diálogo», GS 21.

El Secretariado para los no Creyentes representa, pues, un fruto directo del Concilio Vaticano II, hecho suyo por Pablo VI en su deseo de abrazar a todos los hombres. El Secretariado, presidido por el Arzobispo de Viena, Cardenal Franz König, bajo la sabia dirección de don Vincenzo Miano «con la aprobación del Sumo Pontífice, se dedica al estudio del ateísmo para investigar más a fondo sus diversos aspectos y, en la medida en que sea posible, entablar un *diálogo* con los mismos no creyentes que acepten colaborar sinceramente»¹⁹.

El estudio del ateísmo dio sus frutos en la publicación de numerosos estudios y de artículos en la revista del Secretariado, *Ateísmo y fe*, transformada posteriormente en *Ateísmo y diálogo*. En cambio, el diálogo con los no creyentes pronto sufrió una importante transformación. En primer lugar estaba la dificultad para identificar a los no creyentes con quienes establecer el diálogo. Don Miano, en un apunte preparado para Juan Pablo II en 1979, pocos meses después de su elección al Pontificado, resumía así las dificultades para encontrar interlocutores válidos:

¹⁹ Constitución Apostólica *Regimini Ecclesiae Universae*, 102, en *EV*, 2,1642. Original latino, traducción mía.

«lo difícil es identificar concretamente a los interlocutores, ya que los no creyentes, en general, no están organizados como tal, aun cuando existan aquí y allá pequeñas asociaciones de ateos que se califican expresamente tales y publican alguna revista: pero su consistencia es mínima, algo más consistente y ramificada es la asociación humanista (humanismo secularista), internacional, con la que hemos tenido algunos contactos semi-oficiales: se trata, especialmente en América, de agnósticos (a veces, de una especie de religión del hombre) o, en Europa, de "laicistas" sumamente agresivos (sobre problemas como la escuela confesional, el aborto, la eutanasia, etc.)»²⁰.

Por otra parte, el peculiar momento histórico en que nació el Secretariado, dominado por la controversia intelectual con el marxismo, hizo que el diálogo con los no creyentes adquiriera una connotación inevitablemente ideológica.

Todo ello hizo que la actividad del Secretariado privilegiara el estudio de los ambientes marcados por la increencia y de sus raíces culturales. Era la constatación de que el ateísmo beligerante acaba convirtiéndose en un fenómeno,

ya no individual, sino *cultural*, es decir, en modos de vivir y pensar de grandes sectores de la población sin una referencia religiosa. Y ello, a su vez, llevó al Secretariado a ocuparse cada vez más de la cultura, tanto en el sentido clásico o «alto» de los productores y agentes de cultura, como en el sentido sociológico, de actitudes y comportamientos compartidos por amplios estratos de la sociedad.

De ahí que, cuando en 1982 se creó el Consejo Pontificio de la Cultura, Juan Pablo II puso ambos dicasterios bajo la presidencia común del Cardenal Poupard, indicando en la cultura el terreno ideal del diálogo con los no creyentes. Esta duplicidad de organismos se mantuvo hasta 1993, en que con el *Motu Proprio* «*Inde a Pontificatus*», los dos dicasterios se fundieron en el actual Consejo Pontificio de la Cultura.

El Consejo Pontificio de la Cultura, heredero del Secretariado para los no Creyentes, conserva así íntegramente su misión tal como establece *Inde a Pontificatus*: promover «el estudio del problema de la no creencia y la indiferencia religiosa presente, bajo diferentes formas, en los diversos ambientes culturales, investigar sus causas y consecuencias» y «entablar el diálogo con los que no creen en Dios o no profesan religión alguna,

²⁰ V. MIANO, *Considerazioni per il futuro del Secretariato per i non Credenti*, 9.

siempre que estén abiertos a una sincera colaboración».

Perspectivas de futuro

Con el Atrio de los Gentiles, pues, el Consejo de la Cultura regresa a su vocación original, una misión que consiste en mantener viva la cuestión de Dios como problema central de la existencia, cuestión que interroga profundamente a creyentes y a muchos de los que se llaman ateos o no creyentes.

Este diálogo acontece en un contexto cultural nuevo, que ya no está dominado, como sucedía en los últimos decenios del siglo XX, por la presencia ominosa de un ateísmo de Estado que proyectaba su sombra sobre el mundo entero. Al haber desaparecido de la escena política el ateísmo sistemático, en cierto sentido regresa el ateísmo o la increencia en su dimensión propiamente existencial, personal, una increencia que responde a razones profundas y personales, que desafían cualquier clasificación, y no a la militancia política.

Ello no significa que no perdure una forma de increencia, de tipo práctico, que goza de amplia difusión cultural, y que merece un estudio atento. Pero se dan ahora las condiciones para establecer un

diálogo no ideológico con quienes buscan a Dios o se interrogan por él.

¿Cómo llevar a cabo concretamente este diálogo? Este tipo de diálogo excluye de antemano los fundamentalismos de ambos bandos, tanto al ateísmo panfletario e irreverente que se mofa de la cuestión de Dios, la actitud jactanciosa e insolente que piensa haber liquidado a Dios con frases de ingenio o pacotilla pseudocientífica, como también a quienes piensan que de los ateos no hay nada que aprender y que lo único que tienen que hacer es convertirse o desaparecer. El atrio de los gentiles toma conciencia de que a veces es más importante la distinción entre ateos pensantes y no pensantes que entre creyentes y no creyentes; que el diálogo con el denominado «nuevo ateísmo» del que hacen gala R. Dawkins, Ph. Hitchens, M. Onfray y P. G. Odifreddi es prácticamente imposible, pero no así con otros autores, «noblemente pensativos».

A este propósito, el Prof. Giuliano Amato, antiguo Primer Ministro de Italia, de clara ejecutoria laica, interviniendo en París en el Atrio de los Gentiles, subrayaba con fuerza la apertura y la disponibilidad como condición previa al diálogo entre creyentes y no creyentes:

«Tienen [ambos] en común la conciencia de que la razón, como decía Bobbio, es la luz con la que cada uno ilumina el mundo, pero es una pequeña luz, que del mundo ilumina únicamente una parte muy pequeña. Precisamente por eso no puede explicar todo y precisamente por eso, es Norberto Bobbio quien lo dice, impone la común aceptación del misterio. E impone también tenerse lejos de la *hybris*, de la *hybris* de la razón como de la de la fe, porque ambas son posibles, ambas transforman un bien en un mal, ambas generan intolerancia hacia los demás y por tanto negación de su humanidad igual»²¹.

A estas palabras responden perfectamente las declaraciones de Benedicto XVI a los periodistas, camino de Praga. Respondiendo a un periodista, que le preguntaba cuál podía ser la contribución de la Iglesia en un país fuertemente secularizado, el Papa indicaba precisamente el diálogo alto entre creyentes y no creyentes como primera tarea:

«Ambos [el creyente y el no creyente] se necesitan mutuamente: el agnóstico no puede estar contento sin saber si Dios existe o no, debe estar en búsqueda y perci-

bir la gran herencia de la fe; el católico no puede contentarse con tener fe, debe estar en búsqueda de Dios, más aún, en el diálogo con los demás debe volver a conocer a Dios de manera más profunda»²².

Se trata de la disponibilidad al aprendizaje recíproco, postulada por Habermas, una fórmula hecha famosa por el famoso diálogo entre el entonces Cardenal Ratzinger y el filósofo de Frankfurt acerca de los fundamentos prepolíticos de la democracia. Sintetizando al máximo su pensamiento, podríamos decir que Habermas propone comprender la secularización cultural y social como un proceso de *dobles aprendizajes*, que obligaría tanto a la tradición secular cuanto a las tradiciones religiosas a reflexionar acerca de sus respectivos límites. De modo significativo, también el cardenal Ratzinger proponía en aquel discurso una recíproca limitación de la razón y la religión, a través de la categoría del *Logos*, una razón abierta, no limitada a la mera razón empírica de las ciencias positivas. Esta razón amplia es lo que permite controlar, tanto los excesos de la razón moderna sin vínculos morales ni antropológicos, cuanto los de

²¹ G. AMATO, «Il Cortile dei Gentili». Intervención en la Unesco, París, 24 de marzo de 2011. En *Culturas y fe*, 2/2011, 138-141. 141.

²² BENEDICTO XVI, *Entrevista con los periodistas durante el vuelo*. Viaje apostólico a República Checa, 24 de septiembre de 2011.

la religión, que, cuando prescinde de la racionalidad se ve abocada fatalmente al fanatismo o a la superstición²³.

En realidad, como recuerda el Card. Gianfranco Ravasi, Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura, entre dos realidades contrapuestas se puede entablar un duelo o un dúo: los dos términos se parecen, pero esconden una realidad muy diferente. El Atrio de los Gentiles busca precisamente crear armonía a partir de dos voces, aun cuando estén situadas en las antípodas sonoras, como el bajo y el soprano, que no necesitan difuminar sus contornos para hacer algo bello. El diálogo que proponemos, como todo diálogo en la Iglesia, parte de la afirmación de la propia identidad, del compromiso con la verdad, que desencadena el deseo de buscarla con mayor plenitud aún y no se contenta con medias verdades.

El Atrio de los Gentiles ha comenzado su actividad con una serie de encuentros, que tuvo su gran inauguración en París, en marzo

de 2011, en tres lugares emblemáticos de la gran tradición de pensamiento laico: la UNESCO, la Sorbona y l'Institut de France. La iniciativa ha encontrado una acogida calurosa y agradecida entre aquellos que son sus destinatarios naturales, y ha suscitado también el interés de muchos cristianos, que han sabido hacerse eco de la invitación del Papa: «también las personas que se declaran agnósticas y ateas deben interesarnos a nosotros como creyentes». Al gran encuentro en París seguirán otros, ya programados, en diversos lugares. El deseo del Consejo sería, sin embargo, que cada Iglesia o cada comunidad creara su propio Atrio de los Gentiles, favoreciendo el encuentro con quienes no creen.

No será un programa fácil. Al entusiasmo y la sorpresa de los primeros encuentros es fácil que sigan momentos de dificultad o desaliento. Después de todo, Dios no es una cuestión menor que pueda ser soslayada: es precisamente el centro y el objeto del diálogo con los no creyentes. Esta modalidad de diálogo no puede sustraerse a las dificultades que experimentan quienes están comprometidos en el diálogo ecuménico o interreligioso, donde los retrocesos parecen a veces hacer olvidar los pequeños avances que se han conseguido. Y no sólo son de

²³ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso preparado por el Santo Padre para el Encuentro en la Universidad de Roma «La Sapienza»*, 17 de enero de 2008. Véase también J. HABERMAS y J. RATZINGER, *Dialektik der Säkularisierung*, Herder, Freiburg, 2005, esp. pp. 31-33.

esperar dificultades venidas de fuera; muchos opinan que el diálogo con los no creyentes es una forma de claudicación ante el espíritu del mundo.

Benedicto XVI ve las cosas de otro modo; para él, son compatibles el anuncio del Evangelio y el diálogo respetuoso e inteligente con los no creyentes. En realidad no son dos cosas distintas, sino modalidades diversas de aquel coloquio que Dios ha querido entablar con los hombres (Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, 28). Un coloquio es una llamada a la conversación; apela a la libertad y a la voluntad del destinatario. Es un «formidable requerimiento de amor», en palabras de Pablo VI, con sus características de claridad, mansedumbre, confianza y prudencia, que resplandecen en la intención de Joseph Ratzinger al proponer el diálogo con los no creyentes.

Este diálogo está animado por la mística de la búsqueda inacabada de Dios, tema ciertamente agustiniano que aflora continuamente

en el pensamiento de Benedicto XVI. En esta búsqueda común del *Deus semper maior* el Consejo ha hecho suyas las palabras del gran poeta y sacerdote italiano David María Turoldo, publicado en *Canti Ultimi*, hasta convertirlo en una especie de himno o de divisa del Atrio de los Gentiles:

«Hermano ateo, noblemente pensativo, / en búsqueda de un Dios / que yo no sé darte, / atravesemos juntos el desierto. / De desierto en desierto, vayamos más allá / del bosque de los credos, / libres y desnudos hacia / el Ser Desnudo / y allá, / donde la palabra muere / tenga fin nuestro camino»²⁴. ■

²⁴ «Fratello ateo, nobilmente pensoso / alla ricerca di un Dio / che io non so darti, / attraversiamo insieme il deserto. / Di deserto in deserto / andiamo / oltre la foresta delle fedi / liberi e nudi / verso il nudo Essere / e lì / dove la parola muore / abbia fine il nostro cammino». D. M. TUROLDO, *Canti ultimi*, Garzanti, Milano, 1991, p. 205. Traducción nuestra.